

FRANZ GRIVEC, *Konstantin und Method.* (271 págs). Harrassowitz, Wiesbaden, 1960.

El autor, dirigente principal en su país del movimiento para la unión de los ortodoxos eslavos con la Iglesia, fundador y redactor durante mucho tiempo de la revista unionista *El reino de Dios*, es desde hace 40 años titular de la cátedra de eclesiología y teología oriental en la Facultad de teología de Ljubljana (Eslovenia, Yugoslavia).

En vinculación con la teología oriental, el autor se dedicó a la investigación científica de la vida y obra de San Cirilo (nombre religioso, Constantino su nombre de pila) y Metodio, apóstoles de los eslavos del siglo IX, y fundadores de la escritura y literatura antiguo-eslava: en este campo de la ciencia histórica, es conocido internacionalmente. Además de innumerables artículos y disertaciones, publicó varias obras de mayor volumen, todas estas escritas en el idioma esloveno, entre las cuales son las principales: *Cirilo y Metodio, apóstoles de la unidad cristiana* (1910); *Ortodoxia* (1918); *Las Biografías de Constantino y Metodio* (1936, 1951), traducción y explicación de las dos biografías del antiguo-eslavo, escritas en el siglo IX, inmediatamente después de la muerte de cada uno de ellos. De las obras publicadas en revistas, son de gran importancia, en latín: *Vita Constantini et Methodii* (en la revista *Acta Academiae Velehradensis*, Olomuc, 1941), *Constantinus et Methodius Thessalonicenses* (en la revista *Slovo*, Zagreb, 1960). De sus obras dogmáticas, son las principales, en esloveno: *La Iglesia* (1924, 1943), *Cristo en la Iglesia* (1936).

En la obra que presentamos ahora, sigue el autor paso a paso la vida y la obra de San Cirilo y Metodio, apoyado firmemente en las fuentes históricas (griegas, latinas y antiguo-eslavas). Así pasan ante nuestros ojos, en un ambiente histórico claramente indicado: su juventud y su obra en Tesalónica y Constantinopla; Constantino, el joven y sabio filósofo, Metodio en su alto cargo de la administración militar bizantina, y después monje en Olimpo de Asia Menor; el pedido del príncipe de Moravia Rastislav, para que el Emperador bizantino le enviase misioneros capaces del idioma eslavo, con la intención de independizar su país de los alemanes; la creación, por Constantino, de la antigua escritura eslava (glagólitza). Enseguida, la obra de San Cirilo y Metodio en Moravia: traducción de los libros litúrgicos y de la Escritura Sagrada; formación de la liturgia eslava; el movimiento religioso nacional eslavo; educación del clero autóctono eslavo; la visita de Constantino y Metodio a Roma, con aprobación por el Papa Hadriano II de la liturgia eslava (869); la muerte inesperada de Constantino (869), después de haber entrado en un monasterio y tomado el nombre religioso de Cirilo; restauración por la Santa Sede de la antigua arquidiócesis de Panonia (destruida por los hunos en el siglo V), a instancia de Kocel, príncipe de este país, habiendo sido designado Metodio

su primer arzobispo; los esfuerzos por formar, bajo el arzobispo Metodio, una provincia eclesiástica eslava, con su carácter especial (propio) y su liturgia; dependiente directamente de la Santa Sede, para contrarrestar el predominio alemán; la obra y éxitos de Metodio, y su persecución por los obispos alemanes; su muerte el año 885 en Velehrad (Moravia); la victoria, con el Papa Esteban V, de sus adversarios (es decir, de la línea eclesiástico-política de sus adversarios). El autor describe a continuación la obra de la escuela religioso-cultural que formaron los discípulos de San Cirilo y Metodio (Clemente, Constantino *Presbítero*, etc.); explica la formación, cerca del año 900 en Bulgaria, de la escritura más práctica de "cirílitza", que reemplazó poco a poco a "glagólitza"; presenta la recensión de la literatura antiguo-eslava y sus manuscritos conocidos. La segunda parte, muy corta en comparación con el conjunto, pero de mucha importancia científica, trata sobre las fuentes históricas de los temas tratados.

El autor es uno de los más autorizados para escribir una obra de este carácter: después de haber trabajado 40 años en este campo de ciencia, y conocido hasta los últimos pormenores su historia, puede presentarnos el estado actual de todas las cuestiones vinculadas con la vida y obra de San Cirilo y Metodio y sus discípulos. No a la manera de una mera compilación, sino como fruto de la investigación personal, que le permite poner en todo su juicio, sea que acepte lo tradicional en las soluciones, sea que lo rechaze, o lo corrija y complete. Pero además la obra incluye muchos elementos nuevos, fruto de la búsqueda del autor mismo. Así por ejemplo, explica claramente el significado, antes desconocido, del "antiguo honor del bisabuelo" (*honores aviti*, p. 29 ss.) que busca Constantino y en lo que consiste su único honor; descubre en el documento más antiguo de la literatura eslovena (c. a. 1000) el influjo de la obra de San Cirilo y Metodio (p. 213 ss.); demuestra la influencia de San Gregorio Nazianceno sobre San Cirilo y Metodio y sus discípulos (p. 28 ss.); la autenticidad de la carta del Papa Hadriano II sobre la liturgia eslava (a. 869; p. 257 ss.); descubre una parte de la prédica de S. Metodio en el manuscrito antiguo-eslavo "Glagolita Clotzianus" (p. 136 ss.). Desde el punto de vista filológico-teológico, aporta interesantes descubrimientos referentes al pensamiento de San Cirilo y Metodio, según se manifiesta en su traducción de la Sagrada Escritura al eslavo: por ejemplo, en la traducción de los términos "catholica" (Ecclesia, p. 201 ss.), "super hanc petram" (p. 204 ss.), etc. En general, aprecia mucho el autor el criterio filológico (cf. el capítulo sobre la técnica en la traducción de Constantino, p. 197 ss.); pero la obra y los éxitos del autor confirman en el primer lugar la fecundidad, en este trabajo, del criterio teológico, pues es un principio del autor que en este trabajo deben colaborar historiadores, eslavistas y teólogos, para comprender debidamente la obra de los santos Cirilo y Metodio.

De gran alcance científico es uno de los resultados de toda la obra: autenticidad histórica de las fuentes antiguo-eslavas, principalmente de la

Vita Constantini y *Vita Methodii*. A este tema está dedicado el capítulo final, dándole el autor, por su importancia, el carácter de segunda parte del libro. Hoy ya no existe duda sobre esa autenticidad, aunque había varios autores que la negaban en el pasado (Dobrovsky, eslavista checo, fue el primero que rechazó explícitamente las fuentes eslavas como legendarias, aceptando solamente las latinas y griegas, año 1823; el historiador y teólogo ruso Gorskij, contrariamente, aceptó esas fuentes eslavas como de gran importancia histórica, año 1843; p. 241 ss.).

Considerada la forma y el método, frente a las diversas soluciones de otros autores, la obra se distingue por la mesura del criterio. Antes, algunos puntos se trataban en una forma más bien polémica. Ahora el autor se decide tranquilamente, con razones bien fundadas, por la solución que le parece más razonable, con todo respeto por los serios esfuerzos científicos de otros autores, de quienes saca todos los elementos que considera positivos y científicamente importantes.

Como sacerdote católico, conocido por su sincero y marcado *sentire cum Ecclesia*, y siendo además esloveno, el autor manifiesta un vivo interés y cariño por las cuestiones acerca de la vida y obra de los dos *Apóstoles eslavos*. Esta disposición de ánimo le indujo a dedicarse con especial empeño al estudio de problemas en los cuales otros historiadores y eslavistas, en su espíritu laicista y anticatólico, propusieron soluciones poco compatibles con la santidad de los santos Cirilo y Metodio (por ejemplo, el eslavista extremadamente antirromano BRUECKNER, *Die Wahrheit über die Slavenapostel*, Tübingen, 1913): nuestro autor aportó importantes razones que parecen haber esclarecido definitivamente la verdad en las referentes cuestiones, por ejemplo sobre su intención de viajar a Roma o Constantinopla el año 867 (p. 70 ss.), acerca de sus relaciones con Focio (p. 223 ss.), etc.

El autor es además excelente escritor, que sabe, sin disminuir su exactitud científica, presentar los profundos y delicados problemas de una manera fácil de entender y agradable de leer. Esto vale también de esta obra, que redactó en un idioma para él extranjero: su alemán es fácil y diáfano; lo que significa una ventaja frente al estilo pesado y complicado de muchas obras alemanas similares.

Al trabajo del autor, cooperó no poco la editorial con una encuadernación excelente, de exquisita y clásica sobriedad, e impresión cuidadosa (p. 123, en vez de *hypostatische Haeresie* debe ser evidentemente *hypopatorische Haeresie*, dos veces); presentación técnica que muestra en la editorial a un amigo del libro científico que sabe apreciar el esfuerzo científico y no omite de su parte nada para hacer que una obra de calidad agrade al lector.

La obra es pues una importante contribución a la ciencia; y es además el último y más moderno informador y guía en los problemas que trata. Entre los pueblos de Europa central, a que se refiere directamente el ar-

gumento de la obra, encontrará sin duda la mejor acogida, pues el interés por la materia es, desde hace mucho tiempo, bastante grande. Pero en la obra misma asoma un problema de interés más general y universal, de una actualidad candente en nuestros días: San Cirilo y Metodio, representantes y testigos de la universalidad y unidad cristiana en la época inmediatamente precedente al gran cisma, nos infunden una nostalgia de la unidad perdida. Y con el ejemplo de su vida y su trabajo, nos dan una enseñanza y nos hacen una invitación: saber unir, dentro del espíritu de la universalidad cristiana, en armonía más perfecta, los elementos griegos, latinos y eslavos. La unión de estos en una comprensión recíproca, hubiera preservado la unidad cristiana en su época. Lo que no entendió el pasado, quebrando la unidad, es ahora un deber nuestro: siguiendo el ejemplo de los santos de la unidad cristiana preparar la hora de la gran reunión del porvenir.

F. Gnidovec

TARSICIO AZCONA, *La elección y reforma del Episcopado español, en tiempo de los Reyes Católicos*. (382 págs.). Cons. Sup. de Invest. Cient., Instituto P. Enrique Flores, Madrid, 1960.

Como dice el autor en la introducción, su estudio pretende poner en claro un periodo crucial, y cada uno de los conflictos que surgieron en torno a los obispados; y descubrir al mismo tiempo los secretos designios que alimentaron los Reyes Católicos, uno de los cuales fue indudablemente la reforma del mismo episcopado.

La obra comprende dos partes: la historia de los hechos y la de las ideas. En la primera se narra la lucha por defender los respectivos derechos, o que se creían tales, entre los Reyes del siglo XV de España y la Santa Sede. Tiene esta lucha mucha afinidad con la cuestión de las investiduras de Alemania, sólo que aquí los reyes se muestran más sumisos al Papado y permanecen siempre dentro de la ortodoxia. Es muy instructiva la forma en que se expone esta lucha, y aunque se ve en el autor el decidido empeño de poner siempre en claro los derechos que militan en favor de la Santa Sede, no se puede negar que, en la manera de hacerlo, deja casi siempre mejor parados a los Reyes que a los Papas. La segunda parte, que es la historia de las ideas, expone cómo se realizó la reforma del episcopado en España. A todas luces aparece claro que ella se debió en gran parte al acierto que tuvieron los Reyes en proponer casi siempre, con muy contadas excepciones, personas honestas y adornadas de todas las cualidades y virtudes que exigía ese elevado cargo, y que realmente honraron la mitra, a pesar de que "las provisiones de los Reyes forman una línea sinuosa de luchas y condescendencias" (p. 268). Deja aquí el autor

bien probada la afirmación, que ya había adelantado el historiador de los Papas L. von Pastor “de que los Reyes Católicos lucharon agriamente en torno a las provisiones, precisamente por elevar a los abispados hombres verdaderamente eminentes” (p. 308). Muy bien tratado está también la base jurídica con que se hicieron estos nombramientos: un “forcejeo piedoso-práctico” de los Reyes Católicos con cinco Papas, que al principio de su Pontificado rechazan invariablemente toda ingerencia, aunque siempre terminan por condescender y repetar, en la práctica, la súplica real. En los documentos pontificios de provisión e institución y de derecho, se abstienen los Papas de arriesgar la menor alusión, que pudiese servir a los Reyes Católicos de agarradero para sus pretensiones” (p. 307). “Nadie como Isabel resistió a Roma, y nadie como ella recibió más atenciones y privilegios de los Papas. Lo que puede ser aplicado por igual y con más razón a Fernando el Católico” (p. 309).

En cuanto a la documentación, es magnífica, toda ella de primera mano y respaldada fundamentalmente por documentos casi siempre inéditos; siempre clara y diáfana y tan copiosa que a veces casi resulta abrumadora y hace que pierda amenidad la narración. No se puede menos de alabar la prolijidad con que lo aclara todo, siempre que puede hacerlo sin salirse de los límites que se ha trazado.

J. Armelín, S. I.

HORTS DALLMAYR, *Die grossen vier Konzilien*. (270 págs.). Kösel, München, 1961.

Es una historia bastante completa de los cuatro primeros Concilios Ecuménicos. Como el autor se ha tomado el trabajo de recorrer y estudiar antes todas esas regiones que fueron su escenario, nos expone al principio de cada Concilio, con muy buen tino, los parajes donde se desarrollaron los sucesos, con lujo de pormenores históricos y geográficos, que sirven para despertar el interés y orientar al lector.

Aunque se ve el empeño de buscar documentos fehacientes para confirmar cuanto dice, con todo falta algo para hacer resaltar, como se merece, en el Concilio de Nicea, la gran figura de San Atanasio, al que cita, pero dando preferencia a Eusebio de Cesarea, por estar su documentación más próxima al Concilio que la de Atanasio, que escribió 20 años más tarde. En vista de que las Actas de este primer Concilio “o no existieron nunca, o se perdieron muy pronto” (p. 40), ha tenido que tomar casi todos los documentos que presenta de los dos hombres que más inmediatamente intervinieron y estuvieron más en contacto con los dos partidos, católico y arriano, Eusebio de Cesarea y Atanasio, aunque con preferencia, como dije, emplea a este último, por haber escrito a raíz del Concilio.

Antes del Concilio I de Constantinopla expone con abundancia de citas la mente del gran capadocio, San Basilio, sobre la divinidad del Espíritu Santo; y lo mismo hace después con los demás Concilios respecto a la doctrina que se trató en ellos, y de los paladines que la defendieron; y prepara su inteligencia con extensas citas de Padres y escritores eclesiásticos que pusieron de manifiesto los errores y los refutaron.

Se luce sobre todo en proponer con claridad lo que en una tesis teológica llamaríamos *estado de la cuestión*. Narra con toda minuciosidad las circunstancias que precedieron a cada Concilio, y los errores que perturbaban los ánimos y hacían necesaria su convocación, y por eso se le podría objetar que se extiende demasiado en los antecedentes, exponiendo con profusión los errores que pululaban y los escritos de los santos Padres para refutarlos, y deteniéndose poco al hablar de los mismos concilios. Pero esa preparación que ha hecho, para hacer ver al lector la necesidad que había del Concilio, le exime de entretenerse después en lo que ya se sabe.

La documentación es abundante, sobre todo la patristica; de modo que las citas de los Padres, que de una u otra manera intervinieron, llenan páginas enteras. Trae al final una aclaración de los vocablos técnicos que ha empleado, con una breve definición de cada uno de ellos, que facilita la comprensión de lo expuesto, y es digna de todo encomio. Finalmente, hay también una tabla cronológica de Reyes, Patriarcas, Santos Padres y acontecimientos principales, que sirve para orientar al lector.

J. Armelín, S. I.

A. J. GONZÁLEZ DE ZUMÁRRA, *Problemas del Patronato indiano, a través del “Gobierno eclesiástico pacífico” de Fray Gaspar de Villarroel*. (288 págs.). Eset, Vitoria, 1961.

Es una obra interesante que, valiéndose de la publicada por Villarroel como instrumento de investigación, nos da noticias concretas y exactas sobre las relaciones entre las Potestades civil y eclesiástica en las colonias españolas. Ha espigado cuanto bueno tiene la obra, y ha completado con abundante bibliografía lo que le faltaba, sin dejar de poner los puntos sobre las íes cuando es menester.

Precede una bibliografía del Obispo Fray Gaspar de Villarroel, en la que resaltan las buenas cualidades y ejemplares virtudes del apostólico y celoso Obispo, sobresaliendo su espíritu pacífico y conciliador. Las continuas contiendas que hay entre Obispos y Oidores, que una frecuente falta de tino y un vano espíritu de caprichosas competencias atizaba, pone la pluma en manos de Villarroel para escribir esta obra que ha de prestar un buen servicio a Dios y al Rey, y poner paz entre los Obispos y Magistrados. Expone luego el fin de la obra y su composición, las fuentes y biblio-

grafía, haciendo resaltar la importancia y aquilatados méritos que tiene, sin estar exenta de ciertos resabios regalistas, propios de la época en que escribía. Nos presenta luego el panorama histórico del patronato real español en una síntesis clara y completa, en que, al paso que hace ver las extralimitaciones del poder civil de los reyes de España, hace resaltar también la nunca suficientemente alabada labor espiritual de ese Gobierno. Se ha hablado no pocas veces, no sin sorna, de las pretensiones del gobierno español en materias eclesiásticas; pero se calla lo que hizo para propagar la fe católica en sus colonias. Ningún otro gobierno puede alegar los méritos del español en este sentido. Se puede decir que costeó, con su erario, la instrucción en la fe de un continente entero. Esto es lo que se expone sucintamente en la primera parte de la obra que comentamos.

La segunda parte de la obra, que analiza los problemas suscitados en el ejercicio del Patronato Indiano, es la principal. En esta parte, que divide en dos secciones, agrupa en la primera los problemas del Patronato como tal; y en la segunda expone aquellos datos que ponen de manifiesto cómo esta institución sale a veces de sus cauces e invade parcialmente el campo de la libertad e inmunidad de la Iglesia. Como todo esto lo hace siguiendo la obra del *Gobierno Eclesiástico y Pacífico* del Obispo Villarroel, logra el autor dos cosas: una, sacar del olvido y dar a conocer un trabajo de relevante mérito sobre el Patronato Indiano, que casi ya no se recordaba; y la segunda^a proponernos de manera amena y atrayente toda esa institución jurídico-canónica que fue el instrumento de que se valió la Iglesia y la Monarquía Española para propagar la fe en las tierras recién descubiertas. Cualquiera que lea atentamente este trabajo, no podrá menos de alabar y admirar la gran obra realizada por medio de ese Patronato Indiano, que tuvo ciertamente sus fallas, y se extralimitó a veces en sus poderes; pero que realizó una obra tan extraordinariamente grande; a costa de enormes sumas del erario, como no lo había hecho hasta entonces ni lo hizo después ningún otro gobierno católico. A pesar de que Fray Gaspar de Villarroel no calla los defectos y deficiencias que ha habido en los gobernantes, resalta siempre la idea grandiosa de la obra realizada en favor de la fe en las colonias. Por lo demás, si aparece algún resabio de regalismo, ya se encarga de hacerlo notar oportunamente el autor de la obra que comentamos.

J. Armelín, S. I.

ROBERT MANDROU, *Introduction à la France moderne*. (400 págs.). Albin Michel, Paris, 1961.

El autor, siguiendo a otros que menciona en su prólogo, adopta una forma nueva de presentar la historia: más que una introducción a la Fran-

cia moderna es, como lo dice el subtítulo, un *ensayo de psicología histórica*. No nos presenta esa época del siglo XVI y parte del siglo XVII de Francia con sus principales acontecimientos históricos, como suelen hacerlo la mayor parte de los historiadores, sino que intenta más bien presentarla describiendo los elementos dominantes de ese tiempo y proponernos así una historia de la mentalidad colectiva. No sigue el autor para esto una senda de ideas abstractas; al contrario, trata de concretar todo lo que dice, poniendo ante los ojos la realidad objetiva de la época que quiere dar a conocer. Lo indican claramente las tres partes de su libro: las medidas físicas y psíquicas del individuo; los medios sociales en que éste se desenvuelve; y los grandes tipos de actividades humanas.

La primera parte empieza por el hombre físico: describe cuál es la alimentación del rico y del pobre, cuál su habitación e indumentaria, cómo se preservaban del frío en el invierno, y cómo tenía que luchar el pobre con el hambre. Habla a continuación de las enfermedades que más abundaban, y de los remedios que se utilizaban contra ellas y las medicinas de que se disponía. Pasa luego a tratar del hombre psíquico. Empieza, aunque sorprenda un poco, por exponer el predominio de los sentidos, dando la primacía al oído y tacto sobre la vista, para exponer luego el predominio de lo afectivo, sus consecuencias y terminar con el lenguaje que se fue formando; factores éstos principales, como él dice, "en el funcionamiento y organización de una jerarquía social".

En la segunda parte, al exponer los medios sociales, empieza por "el primero y fundamental que es la familia": la describe como fue en esa época de formación, tan distinta a la de nuestros tiempos. De la familia pasa a la parroquia, realidad mucho más llena de vida que en el siglo XX, centro de solidaridad y de defensa para las poblaciones, máxime las rurales. Los lazos sociales y relaciones entre vasallaje y señoría, han perdido ya mucho de su importancia anterior, y son suplantados por las clases sociales de nobleza, clero y burguesía. El cuadro que describe es poco halagüeño para la nobleza. La burguesía, basada en la industria y comercio, forma un grupo heterogéneo que tiene de común lo económico, y aspira siempre a llegar hasta la nobleza. La clase popular, que constituye la mano de obra de la ciudad, y la agricultura en el campo, será desarrollada en la tercera parte. Los medios sociales forman el marco esencial de la época: las solidaridades, el cuadro fundamental de la vida colectiva interna, en que cada personalidad adquiere su forma y se afirma; y "como la cumbre de edificio social que cubre los cuadros subalternos y asegura el encadenamiento administrativo en las provincias, la dignidad real". Es la autoridad suprema y siempre respetada, a pesar de sus frecuentes fallas, la cual se beneficia de la protección de la Iglesia Católica, su aliada, que consagra sus reyes cristianísimos y les reconoce un lugar privilegiado en su seno.

La tercera parte de esta encuesta sistemática de los principales com-

ponentes de las mentalidades modernas, la constituyen las actividades; esto es, las ocupaciones que día tras día absorben lo esencial de la vida humana y le imprimen su sello. Esta es la más importante de las búsquedas, y también la más compleja, pues hay que tener cuenta con todas las formas de actividades. Tres aptitudes mentales parecen imponerse para la clasificación de este período; según ellas, entran en escena “tres tipos de hombres que los humanistas designan con los hermosos nombres latinos: *homo faber*, *homo lucrans*, *homo ludens*”. El dominio de estas actividades lo dan las ocupaciones y profesiones de cada día: oficios manuales, profesión de comerciante, y los juegos y placeres de las diversas clases sociales. Junto a estos, ocupan también su lugar correspondiente los artistas y humanistas, sabios y filósofos. Todos son rápidamente analizados en esta tercera parte desde el punto de vista conveniente. Es de interés lo que dice el autor a propósito de la diferencia del género de vida en la campaña y en la ciudad, y en los papeles respectivos de estos medios humanos. Son también dignas de considerarse las diferencias de mentalidad que han podido determinar las condiciones de existencia. Sobre todo es notable la aparición del *esprit capitalist* y de la vocación mercantil, tan mal considerada por los franceses de la época, que no introducen un espíritu nuevo, “pero adquieren toda una gama de innovaciones psicológicas”.

Inmensa es la tarea que se ha impuesto el autor, y que parece más grande después de leído el libro, el cual presenta más problemas de los que resuelve; lo que hace esperar, como muy bien dice el autor del prólogo, que sea origen de nuevas investigaciones.

J. Armelín, S. I.

JOSEPH FUCHS, *Le Droit Naturel*. (214 págs). Desclée, Tournai, 1960.

Aunque nuestra revista dedicara ya una reseña a la obra de Fuchs en 1956 (Ciencia y Fe, XII, nº 48, pp. 98-100), al publicarse el original en alemán, no queremos dejar de señalarla en estos momentos que, gracias a su versión francesa, se pondrá, sin duda, al alcance de muchos otros lectores.

El libro de Fuchs es la obra de un maestro, y como tal reconocido desde el momento de su aparición. La serie de reseñas a que dio lugar, y las discusiones que provocó, fueron un claro índice de que el autor poseía una sólida posición, y que su estudio no podía ser considerado un trabajo más, sino un elemento muy importante en el esfuerzo que se realiza actualmente en torno al derecho natural.

Ya el subtítulo nos demuestra la originalidad del autor: se trata de una obra teológica. Pero esto no implica un olvido o un menosprecio de la

filosofía, muy por el contrario. Fuchs, formado en una sólida tradición, ejerce su magisterio teológico sustentado por una raíz fuertemente filosófica. El interés por el tema ha sido provocado por la insistencia con que el magisterio eclesiástico ha hablado del derecho natural en las últimas décadas, y por la reflexión teológica sobre la realidad de lo sobrenatural y las discusiones habidas con los teólogos protestantes. Por eso la obra pone nuevamente sobre el tapete algunas de las reflexiones teológicas más profundas de nuestro siglo: concepción de la moral separada de la teología, renovación de la enseñanza de la moral siguiendo una línea más cristológica, la posibilidad del conocimiento de la naturaleza pura, rechazo de un relativismo injustificado del derecho natural, y el dinamismo en la aplicación de la ley natural.

La teología se basa sobre el hecho revelado: por eso los dos primeros capítulos están dedicados a obtener ese hecho de las fuentes de la tradición y de la Escritura.

Poco numerosos son los textos de la tradición hasta mediados del siglo XIX. Desde entonces acá, los Papas han hecho amplio uso de las razones de derecho natural para fundamentar racionalmente sus decisiones. Desde Pío IX hasta Pío XII, los argumentos apoyados en la ley natural se multiplican. También el Código de Derecho Canónico emplea el término. Y no se contentan con señalar su existencia, sino que asimismo describen su esencia y lo colocan en relación con el orden de la Redención. Esto mismo coloca al derecho natural en dependencia de la Iglesia, que debe entonces defenderlo y considerarse a sí misma su guardiana.

En la parte bíblica, el autor se contenta con presentar el testimonio de San Pablo cuyas atestaciones, especialmente las contenidas en la epístola a los Romanos, son bien conocidas. La existencia de ese derecho natural crea un problema respecto de la libertad cristiana tan exaltada por Pablo, y el autor le dedica entonces algunas páginas. Destaca así que la libertad cristiana respecto de la ley mosaica, no desvaloriza a la ley natural, por el contrario es la que asegura la posibilidad de cumplir con las prescripciones del derecho natural. Esto nos coloca en el tercer aspecto del derecho natural con respecto a la Biblia, que es su inserción en la historia de la salvación.

Así termina la primera parte del libro: el derecho natural en la revelación. La segunda, mucho más importante, se refiere a la reflexión teológica acerca de estos datos. Los capítulos, organizados lógicamente, se refieren al concepto filosófico y teológico de naturaleza, el fundamento divino y cristológico del derecho y el derecho natural; historicidad del derecho natural; valor absoluto del derecho natural, cognoscibilidad y significación soteriológica del derecho natural.

Como nos advierte en el prólogo, el autor tiene constantemente en vista a la teología protestante. Es un verdadero diálogo con sus adversarios; pero no sólo se refiere a los protestantes sino que aprovecha para dejar

sentada su posición ante las diversas tendencias que se dan entre los mismos católicos.

La edición francesa se enriquece con dos apéndices y un capítulo complementario. Los apéndices agregan, el primero, una aclaración acerca de la posición de Cristo ante el derecho natural; y el segundo, dos textos de Pío XII para corroborar la posición de cooperación material lícita que pueda prestar un católico.

El capítulo complementario se refiere a la doctrina social cristiana, y había aparecido como artículo en la revista *Stimmen der Zeit* en 1959, con el título de *Christliche Gesellschaftslehre?*; y se refiere más expresamente a la relación entre una ética cristiana y el derecho natural. El autor llama aquí la atención sobre la necesidad moral de la existencia de la revelación, aún para conocer principios de derecho natural.

La obra quedará como un jalón importante en los estudios acerca del derecho natural. José Fuchs, profesor de la Universidad Gregoriana, está colocado ya entre los maestros de la teología moral. Esperemos que el éxito de la edición que comentamos nos permita conocer más profusamente su obra publicada hasta ahora en alemán o latín.

F. Storni, S. I.

I PIANI DI SVILUPPO IN ITALIA dal 1945 al 1960. Studi in memoria del Prof. Jacobo Mazzei. (362 págs.). Giuffrè, Milano, 1960.

Publicado por la Biblioteca de la Revista *Economia e Storia*, este volumen, con prefacio de Amintore Fanfani, actual primer ministro del Gobierno italiano, reúne una serie de trabajos que, con seriedad y objetividad científica, describen las discusiones económicas y políticas que dieron origen a los diversos planes que se han aplicado en Italia. El Prof. Jacopo Mazzei, muerto en 1947, se había dedicado a estudiar las primeras tentativas de intervención planificada en economía realizadas en los siglos XVII y XVIII: nada más lógico, pues, que ofrecer este volumen a un verdadero precursor.

El primero de los trabajos consiste en una bibliografía preparada por Aldo Fiacadori. Su misma introducción constituye una hermosa síntesis de los grandes problemas planteados. La bibliografía comprende exclusivamente autores italianos y que han escrito en Italia, pero su misma búsqueda estrechez le permite ser muy amplia y acabada. Dividida en cinco puntos, comprende 1998 trabajos, lo que ya de por sí da una idea del cuidado con que ha sido realizada. Los cinco puntos tratados son: el problema de la planificación económica y de la intervención estatal; la planificación territorial; algunas intervenciones del Estado, especialmente la reforma agraria y el desarrollo del Mezzogiorno y las islas; el esquema Vanoni

y dos proyectos de intervención estatal (el plan verde para el desarrollo de la agricultura y el plan decenal acerca de la escuela).

Fiorentino Sullo es el autor del segundo artículo que trata de la discusión política acerca de la programación económica en Italia. Toma como punto de partida la definición de Wooton: la planificación consiste en una consciente y deliberada elección de prioridades económicas por parte de una autoridad pública. Ya en las discusiones acerca de la Carta Constitucional, se presentaron las distintas posiciones. Podemos reducirlas a tres: la derecha, con sus variados matices; la democristiana; y la comunista apoyada por los socialistas. Togliatti, el dirigente comunista, se muestra menos intransigente, sobre problemas como la propiedad privada, que la vieja guardia socialista; y esto, según explica, porque la Constitución que se está discutiendo no es socialista. Pero pide un plan que permita intervenir al Estado en lo económico. Dossetti, uno de los líderes más famosos de la democracia cristiana, no tiene dificultad en aceptar el plan siempre que se garantice la democracia política; es decir, la posibilidad de discutir y criticar el contralor económico, un mínimo de propiedad privada, y la articulación de órganos de contralor social de la vida económica y no meramente estatales. Pero no se incluyó en la Constitución la palabra *plan* por considerarla demasiado estatista. Las discusiones políticas no terminaron allí. Después de quince años de vida política democrática, con sus varias posibilidades económicas y luego de la experiencia realizada con diversos planos, las conclusiones pueden ser las siguientes:

1. el juicio general es desfavorable respecto de los planes parciales;
2. se considera que el mejor programa democrático consiste en un presupuesto del Estado que ofrezca suficiente elasticidad a la acción política del Estado;
2. el manejo del crédito puede dar al Estado una posibilidad de intervención. Debe agregarse al mismo un contralor acerca de las estructuras monopolísticas y oligopolísticas;
4. la planificación económica democrática no puede ser el resultado de las decisiones tomadas de acuerdo por el Gobierno, los empresarios y los obreros. Debe intervenir asimismo el Parlamento como verdadero representante de las fuerzas políticas de todo el país;
5. es conveniente una autoridad, liberada de los cambios del Gobierno, respecto a la realización del plan económico.

Como se ve el ministro Sullo logra un juicio sereno, objetivo y útil acerca de las características de los planes de gobierno.

Los demás artículos estudian en especial los distintos planes realizados o en vías de realización dentro de Italia. No tienen pues las características generales del primer artículo. Son útiles sin embargo para toda clase de lectores, porque la economía italiana está colocada a igual distancia de los excesos colectivistas y capitalistas, y pueden ser un ejemplo para muchos países que tienen especialmente zonas subdesarrolladas como la misma

Italia. Es cierto que el complejo industrial del norte italiano es superior al de cualquier país subdesarrollado, pero no hay duda que el Gobierno italiano democristiano ha sabido encarar eficazmente uno de los problemas que sigue aquejando la economía de su país: la situación del Mezzogiorno. Los resultados obtenidos hasta ahora son ya un buen punto a favor de tal política. La obra es útil, pues, para todo aquel que se preocupa por los problemas del desarrollo económico, y por lograr con claridad soluciones políticas a tan graves problemas.

F. Storni, S. I.

B. E. NOLTINGK, *The Human Element in Research Management*. (92 págs.). Elsevier, Amsterdam, 1959.

Es una de las clásicas monografías *Elsevier*, dedicadas a exaltar la importancia del elemento humano en materia de investigación. Su autor, que desde 1940 se dedica a la investigación científica, ha tomado experiencia de su propio campo, la física; pero sus principios indudablemente ayudarán a cualquiera que deba dirigir un trabajo científico.

En todos los ramos se nota cada vez más el deseo de señalar que nada hay más importante, cuando se desea realizar una obra en común, que tener en cuenta las cualidades y los entusiasmos de los mismos que están en la obra. Por buena organización e instrumentos que puedan ser utilizados, si el elemento humano no colabora, o no se siente atraído por su trabajo, serán inútiles todos los esfuerzos. Esta idea, que se va popularizando en los medios industriales, es necesario extenderla asimismo a los laboratorios de investigación. Para esto es necesario haber pasado todas las escalas de la organización, para poder comprender mejor el estado de ánimo de cada uno de los integrantes del laboratorio o del equipo.

El libro comienza con un capítulo acerca del mismo hombre científico, y las medidas necesarias para contratarlo. Los dos capítulos siguientes se refieren al mismo laboratorio: el primero nos da una descripción de las condiciones necesarias para construir o instalar el mejor laboratorio; y el segundo, se refiere al funcionamiento del mismo. Se encuentran aquí muy valiosas ideas, pero el autor no se deja dominar por lo que podría ser un énfasis en cuestiones materiales, sino que, muy por el contrario, señala constantemente cómo todo lo relacionado con lo material y aún con el tiempo, se resuelve si los hombres miembros del laboratorio o del equipo científico están realmente decididos a realizar su trabajo. Si esto se consigue, lo demás vendrá. Más aún, para hombres enfervorizados en su tarea, no serán necesarias muchas normas, porque su misma finalidad les estará fijando las verdaderas.

En los capítulos 4º y 5º se establece lo que podríamos llamar el ambiente de los dos grupos de miembros: los *seniors* y los *juniors*. El autor ha señalado en el capítulo anterior que no es posible la democracia en la organización y funcionamiento de un laboratorio; pero esto se refiere al modo de ordenar el trabajo. No hay duda de que entre los hombres de dirección y los colaboradores debe reinar un gran espíritu de comprensión y aun de igualdad.

Para el *senior*, sus obligaciones más importantes se relacionan con su preocupación acerca de que todos los que están bajo su dirección encuentren su verdadero puesto y un gran entusiasmo por su obra. Cuidará sobre todo de evitar los celos, y dará a cada uno de sus miembros la responsabilidad de su cargo. Pero si hubiera que reducir a uno el criterio por el cual habría de elegirse al director de todo el laboratorio, no hay duda, de que sería esa especial cualidad por la que, al salir de un encuentro con tal hombre, cualquiera de los miembros del laboratorio sintiera las grandes posibilidades de su propio trabajo; y sin pesar admitiera que, en algunos de los puntos, sería necesario modificar su actual orientación. Es decir, saber alentar en el trabajo, y señalar los defectos sin causar amarguras, son los puntos más necesarios. Dos capítulos más tratan acerca de la estrategia necesaria en la marcha del laboratorio, y del concepto claro que debe tenerse de los resultados finales.

El autor no cree sorprender al lector si coloca como capítulo final uno dedicado a la ética de la investigación, y al comportamiento dentro del laboratorio. La primera norma que coloca es que son muchos más graves los vicios y faltas en las personas de mayor responsabilidad, y que por lo mismo menos afectará a un laboratorio la falta de un joven que la de uno ya colocado en autoridad. Pero la primera virtud se refiere a la honestidad, es decir, a la verdad que debe reinar en todos, aun dentro de la investigación, acerca de las cosas más materiales. Para el autor esto es un signo de que el puro materialismo no puede explicar la ciencia moderna que, en último término, se funda en algo no material, la verdad.

Pero no sólo debe reinar la verdad en la investigación, sino también entre los miembros del laboratorio, otorgando a cada uno lo que le corresponde, con lo que ya entramos en el terreno de la justicia.

El aceptar con prontitud los propios errores será en muchos casos la única manera de reconocer el acierto de los demás; y por lo tanto puede aparecer como el compañero necesario de las virtudes anteriores. En esto habría que llegar a poder obrar, ante las propias estimaciones, con la misma objetividad con que se leen las medidas.

Otro aspecto de la honestidad se refiere a los cálculos realizados sobre el futuro y las posibilidades con que cuenta el laboratorio de producir algún invento que pueda afectar el comercio. Cuanto más ignorante es la persona con quien se habla, habrá más tentación de agrandar los propios trabajos, y esto no puede ser aceptado. Aun contando con cierta

seguridad, será preferible añadir un prudente "me parece", o "yo creo" a cualquier estimación que se haga acerca del futuro.

Sobre el propio temperamento, siempre habrá que estar vigilantes para no producir disconformidad en torno; pero muchas veces un temperamento rápido tiene ventajas, como puede ser el entusiasmo que no siempre es conveniente matar, pero es necesario por lo mismo conocerse lo mejor posible.

Lealtad con el propio equipo, y un amor que es ante todo un luchar contra el propio egoísmo, no pueden estar ausente del investigador realmente consciente de su misión. Y el mismo amor mata los celos, que es el peor espíritu que puede darse en un equipo de hombres trabajando por una meta común.

Todas las virtudes deben llevar a formar un espíritu de humildad, y es con esta virtud con la que Noltingk concluye su obra. No hay duda que este último capítulo es fundamental para que la obra señalada anteriormente pueda realizarse y dar sus verdaderos frutos. No hay mejor manera de señalar que todo trabajo de investigación es labor de hombres, porque lo más importante en el hombre es precisamente realizarse plenamente gracias a las virtudes. Cada vez más nos damos cuenta de que es imposible dividir al hombre; y que, por lo tanto, si queremos realmente grandes hombres y grandes trabajos, debemos comenzar por establecer una sólida base moral. También la investigación científica exige que el hombre sea un ser moral.

F. Storni, S. I.

CARLTON J. H. HAYES, *Nationalism: a religion*. (188 págs.). Macmillan, New York, 1960.

No es la primera vez que C. J. H. Hayes ha escrito sobre el nacionalismo; y este su último libro quiere ser precisamente como el resumen de una larga reflexión acerca de uno de los fenómenos más interesantes en la historia del pensamiento político. Sabemos que el nacionalismo ha nacido sobre todo en Francia; no ayer, sino en aquel largo proceso que, mezclado con luchas religiosas, fue constituyendo las modernas naciones. La ruina de Europa comenzó con la instalación de las nacionalidades. La muerte del Imperio, no sólo políticamente sino como idea necesaria para la supervivencia de Europa y su civilización, recién hoy vuelve a adquirir valor; y su principal lucha es con los nacionalismos de las distintas partes en que está dividida. Pero hoy en día el virus del nacionalismo no expresa su máximo vigor en Europa, aunque conserva siempre un tono fuerte en aquel continente. Asia y Africa y nuestro continente, muestran los efectos de un nacionalismo agresivo y consciente. Es esta ex-

pansión del nacionalismo, punto más nuevo del tema, que Hayes no alcanza a incorporar a sus reflexiones anteriores, especialmente considerando que es, en estos nuevos grupos de Asia y Africa, donde algunos de sus conceptos están puestos más rudamente a prueba. La insistencia, por ejemplo, de Hayes en adjudicar al lenguaje, al idioma, un valor casi decisivo en el nacionalismo, se ve bastante perjudicada si pensamos en los nacionalismos multiidomáticos de Africa; y aun mismo en Europa es difícil hablar de tres nacionalidades en Suiza. Pero indudablemente no es ésta la finalidad principal del libro, sino su afirmación de que el nacionalismo es una religión. No creemos que tal definición pueda aclarar el análisis de este fenómeno. Muchas otras manifestaciones de la persona humana pueden referirse a la misma comparación, porque de hecho es siempre cierto que, quien no tiene una religión, creará su propia religión; y quien no adora a Dios, terminará adorando cualquier cosa, ya sea la nación, el dinero, o la mujer. Posiblemente Hayes quiera significar, con esta comparación, la necesidad de poner a la nación en su verdadero lugar, es decir, como instrumento para que los hombres alcancen su bien común y su último fin, y no como valor absoluto; ya que cuando la nación es considerada valor absoluto, se transforma en un substitutivo de Dios, y no conviene degradar a Dios. No da más la comparación con la religión. Psicológicamente, posee determinados efectos, y puede resultar eficaz para hacer caer en la cuenta a muchas personas del peligro más próximo del nacionalismo; pero no nos sirve para profundizar en el análisis de un fenómeno que es necesario conocer a fondo para corregirlo y para eliminarlo de una generación que debe pensar cada vez más los problemas en términos internacionales. Como libro de agradable lectura y muy bien presentado, guarda su valor como una buena puerta, para pasar a través de ella hacia más profundos y reveladores estudios acerca del nacionalismo.

F. Storni, S. J.

PEDRO LAÍN ENTRALGO, *Ocio y Trabajo*. (326 págs.). Revista de Occidente, Madrid, 1960.

Con un hermoso título, Laín Entralgo nos entrega un conjunto de artículos y discursos sobre diversos temas. El título sólo abarca al primero, que es el que más llama la atención.

En nuestra época en que el trabajo es una verdadera religión, bueno es recordar los grandes principios acerca de que la finalidad del hombre es realmente el ocio, es decir, la superación de lo utilitario por la más noble empresa del pensar bien y hondo. Además, al ocio se debe agregar la fiesta; y lo trágico del mundo moderno es la ausencia de fiestas. Como afirma pedantescaamente Laín, y no lo niega, la sociedad occidental padece de

aneórtasis, es decir, déficit en la celebración de fiestas. Porque se trabaja por trabajar, y no se sigue el sabio consejo de Aristóteles: "vivimos negocios (trabajamos) para tener ocio", es decir, para ejercitarnos en la contemplación intelectual de la belleza, la verdad y el bien. Por eso Ovidio llamaba a sus versos, *Otia mea*.

¿Quién es el culpable de que el mundo moderno haya perdido tal riqueza de concepción? Varias fuentes encuentra Pieper, el tomista de Münster. Primera: la idea kantiana de que el conocimiento humano es actividad y sólo actividad. El sólo marca el error. Ver entendiendo, no es sólo un "acto de agresión", es también abrirse al mundo y recibirlo. Segunda: un prejuicio moral que afirma la bondad de lo fatigoso. Como si lo bueno moralmente sólo se lograra a través del trabajo. Santo Tomás ya enseña que la acción buena vale ante todo por sí misma, no por la fatiga que su ejecución haya producido. Tercera: el trabajo intelectual ha sido puesto al servicio del *utile commune*, y no de un genérico y matizado *bonum commune*: el intelectual es también un asalariado. Se ha perdido la posibilidad de ser un *gentleman* del saber. Y estas fuentes han sido consagradas en el mundo moderno. El hombre moderno ha aceptado vivir en este ambiente laboral y por lo mismo ha negado la posibilidad y la realidad más elevada del verdadero ocio, el ocio que no pertenece al perezoso o al vago, sino al contemplativo.

Ahora bien, nuestro mundo del trabajo, llevado por su apasionado afán de trabajo y de productividad, se encuentra hoy en día ante el hecho de que su más alta expresión, la automatización, lo pone frente a aquello del cual quiere huir: el ocio, la prolongación de los tiempos libres para un número cada vez mayor de hombres. Es cierto que recién comienza la automatización, pero ya es un tema que preocupa a aquellos amantes de profecía, y especialmente a los transformadores de la sociedad. ¿Qué hará el hombre con su ocio? "Puesto que el ocio es preferible al trabajo y constituye su fin, hemos de investigar cómo debemos emplear nuestro ocio", frase de Aristóteles que vuelve a adquirir actualidad. Preguntemos a los poetas qué es el ocio y nos dirán con Hölderlin: "estoy en campo de paz, / igual que un olmo amante: y como pámpanos y racimos, / se enroscan en torno a mí los dulces juegos de la vida." El ocio se transforma entonces en fiesta. Pero, hasta el sentido de la fiesta hemos perdido. Y en nuestro mundo argentino confundimos groseramente las fiestas con las solemnidades. La solemnidad es algo serio, grave, "instituido" por una decisión más o menos política. Por eso en las solemnidades no se pueden hacer chistes. Se es solemne, se adquiere una pose solemne. Por eso no se debe decir "fiestas patrias", sino "solemnidades patrias". Todavía recuerdo la apertura con que el alma infantil celebraba las fiestas patrias en la escuela primaria común, laica. Debíamos estar duros y proclamar las grandezas de la Patria, pero no comprendíamos cómo todo eso podía ser una fiesta. No lo era para nosotros, que hubiéramos preferido correr, luchar y reír

para festejar. No nos dábamos cuenta que estábamos en una solemnidad. La fiesta típica es la que celebran los pueblos y las religiones en la época de la vendimia, o en el paso de un año a otro, y con motivo de una cosecha. Por eso, la fiesta no puede o no proviene de institución más o menos política, sino que se repite periódicamente según algo ya dado: el movimiento de los astros o la producción de la tierra; y en última expresión, en lo religioso que es lo típicamente festivo, en el ir y venir de un Dios que lo hizo una sola vez, pero que no se cansa de repetir su viaje con relación a cada una de nuestras almas. Por eso es fiesta un bautismo, una primera comunión y todas las demás, y un matrimonio. Son fiestas, no solemnidades. La solemnidad es humana y el hombre en ella se pone en contacto con sus raíces humanas, históricas. La fiesta es divina, y por eso pide al hombre la alegría, la agilidad de saberse transportado. Entre los momentos que integran la fiesta, nada hay más propio que el coloquio no utilitario, en el que no se persigue otro fin que el puro gozo de envolver con palabras la realidad en que se vive. Y así otras formas de la actividad ociosa. Nada mejor podemos esperar, para este mundo del trabajo, que el alcanzar fiestas genuinas. Fiestas en las que Dios esté presente, y el hombre pueda realmente abandonar las cosas humanas por las divinas festivamente.

Los demás trabajos del libro que comentamos, se refieren a la enfermedad y la vida humana. Tema siempre caro a León Entralgo y que hemos tenido ocasión de escucharlo desarrollar en Buenos Aires. El tercer tema se lo brindan algunos españoles que comienzan nada menos que con Velázquez y terminan en Severo Ochoa, premio Nobel. Concluye su hermoso libro con dos trabajos sobre el intelectual y su tensión frente a la sociedad en que vive y acerca de la vocación docente.

Trabajos ocasionales, discursos académicos, cualquier ocasión le sirve a León Entralgo para mantener una elevada prosa, un pensamiento rico e inquieto, y para manifestar un alma deseosa de llevar a los demás sus mismas preocupaciones. Su largo estudio sobre Marañón —cerca de sesenta páginas— nos muestran también hacia donde se inclinan sus preferencias; y ningún elogio mejor, creemos, se le puede dedicar, que decirle que realmente España parece privilegiada en mantener una tradición de grandes médicos humanistas.

F. Storni, S. I.